

Miguel Ángel Sierra

Bueno, pues han pasado otras elecciones y una vez más, independientemente de los resultados de las mismas, la política científica y educativa del país ha sido uno de los ejes pivotaes de la campaña electoral. Me ha resultado de lo más agradable escuchar a nuestros futuros representantes en el Congreso y en el Senado (éstos poco, será que tienen asumida su escasa relevancia), discutiendo sobre las mejores opciones para hacer que la educación a todos los niveles sea una prioridad en la futura legislatura. Se hablaba de pactos de estado para blindar durante los próximos 25 años nuestro sistema de enseñanza. Se proponían incrementos de hasta un 5% del PIB en la educación de nuestros jóvenes. Hubo incluso ocasiones, en el calor del debate, en las que algunos candidatos llegaron a proponer una reforma universitaria, ¡incluyendo una reforma de la gobernanza universitaria! Lo nunca oído.

Y que decir de las propuestas para la inversión en investigación. Iban a más según avanzaba la campaña. Yo creía que, después de las anteriores elecciones en la que no fue posible cuajar un gobierno (la generosidad de los partidos y su interés en el futuro de España era tan grande que no se pudo llegar a un acuerdo, todos querían poner más por el bien de los ciudadanos), esto era imposible. Me equivoqué. En un alarde sin precedentes, se propuso en los debates en televisión y se voceó en los diferentes mítines otro pacto de estado por la Ciencia. Un pacto para los próximos 30 años, con una firme intención de alcanzar el 4% del PIB de inversión real en ciencia en los próximos 4 años. La idea subyacente era recuperar el tejido científico del país con una clara propuesta de promoción de la calidad, y un apoyo al tejido científico de base que tan perjudicado había salido de la crisis. Hubo incluso un exaltado que llegó a proponer que, dentro de 15 años, nuestro país no solo debería tener si no que tendría un nivel de inversión en investigación similar al de Alemania.

Claro está que, de nuestros futuros representantes, siendo como son lo más granado que nuestra sociedad es capaz de ofrecer, tanto en inteligencia como en altruismo, no se podía esperar menos. Mentas tan preclaras no solo son capaces de ver el horizonte cercano en el que nos movemos los simples mortales, sino un futuro que no podrá ser si no se dedican los suficientes fondos a educación y a investigación. Ellos ven con una claridad cristalina que hay que reformar los sistemas educativos e investigadores del país, reformas que son tan necesarias como el comer. Por supuesto, saben que para salir del tercermundismo de este país de servicios (esto solo lo decimos los más negativos, los comunicados oficiales, independientemente del signo político, hablan de un futuro brillante para la cuarta economía de la UE) y transformarnos en una auténtica potencia científica y tecnológica, solo hay un camino: inversiones y reformas, no necesariamente por ese orden.

Y, oye, daba gusto escuchar en televisión y en la radio cómo, por muy distintas que fuesen las ideas de los todólogos en las tertulias, no solo apoyaban, sino que hacían una



final disección de las implicaciones sociales y económicas que tendrían estos cambios radicales en la educación y la investigación. En un programa izquierdoso escuché incluso a un Rector hablar de un nuevo sistema de gobernanza de la universidad, que se estaba discutiendo en la CRUE a petición de distintos sectores sociales (me han recomendado no llamar a este excelso organismo “el Sanedrín”, así que no lo volveré a hacer). Mi sorpresa es que, al cambiar a una emisora derechosa, otro Rector decía que se iba a terminar la endogamia en la universidad española. La CRUE iba a hacer de ello su bandera, toda vez que el nuevo gobierno y la nueva oposición iban a establecer pactos claros de los que saldría una nueva educación en España. El apoyo de las fuerzas sindicales estaba garantizado por una comunión de objetivos, ya que no ideológica.

Por último, me estaba tomando una birra en el bar al que suelo ir y, sorpresa, una señora discutía con su marido sobre el tema. Le decía: “pues mira Paco yo con esto de la educación y la inversión en ciencia estoy completamente de acuerdo. Es más, el futuro de nuestros hijos depende de esto”. El marido le contestaba; “ya te lo decía yo y no me hacías caso. Esto es lo que hace falta y no lo que le dan a ***** por dar patadas a un balón. Los colegios, las universidades y la investigación son el futuro de este país”.

En ese momento va el maldito despertador y se pone a pegar ese chirrido que tengo metido en el cerebro. ¡Qué desilusión! Es duro despertar.

Nada, voy a ver si dejo de ver películas de ciencia ficción sobre mundos distópicos, que luego me pasan estas cosas. También tengo que comprarme un despertador nuevo. Los hay que proyectan la hora en el techo y te despiertan con trinos de pájaros y sonidos de bosque. ¡Esto es innovación! El que tengo ahora, que es preconstitucional, va a terminar por causarme un ataque al corazón, además de devolverme cruelmente a la realidad de cada día.

Gracias por leer.

MIGUEL Á. SIERRA
Editor General de *Anales de Química*